

LA CALLE

DIARIO DE UN ESPECTADOR

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Simplemente, los mejores



El letrero, pintado a mano, se alzó entre la muchedumbre ya entrada en algazarra, y fue tomado por las cámaras de la televisión. Eran sólo tres palabras: Simply, the best. Y en ese dictamen: simplemente, los mejores, se resumía el juicio popular sobre los Yanquis de Nueva York, el legendario equipo de béisbol que ganó la última serie mundial de este siglo sin tener que llegar al séptimo juego. En los cuatro primeros partidos, dos de ellos en casa ajena y dos en la propia, el célebre estadio del Bronx, el equipo de Joe Torre venció a los no muy Bravos de Atlanta, la ciudad que, signo de los tiempos, fue antaño la sede del sacrificado predicador pacifista Martin Luther King y hoy lo es de Ted Turner, el magnate conocido por su fortuna, la influencia de sus negocios (el principal de los cuales es la cadena de televisión CNN) y su esposa Jane Fonda.

La sombra de la muerte, que puso luto en el bullpen de los Yanquis, fue disipada por las luces del triunfo el miércoles por la noche. El padre del venezolano Luis Sojo y el de Paul O'Neill, murieron en los meses recientes, y afectaron el desempeño de esos jugadores. O'Neill, por ejemplo, fue ponchado en su última oportunidad al bat en el juego que cerró el historial yanqui en este siglo. El manager Torre había vencido previamente al fantasma del cáncer, lo que explica su rostro inexpresivo, taciturno aun ante la gran victoria.

Viendo el final de ese partido por la televisión, luego de oír por la radio algunos de los episodios iniciales (a través de radio 620, la estación de la música que llegó para quedarse, aquella que se jactaba de presentar "la música como noticia, antes, más mejor"), no pude menos que recordar la época de oro de los Yanquis, iniciada hace medio siglo, cuando dirigió el equipo Casey Stengel. De las 25 veces en que los Bombarderos del Bronx han sido campeones del mundo, cuatro ocurrieron sucesivamente en los años de 1949 a 1953. Apenas llegaba entonces la televisión a México (sus transmisiones comenzaron el 10. de septiembre de 1950), pero estaba poco difundida. La radio era el medio que hacía vivir a espectadores lejanos la emoción de los deportes y los espectáculos.

El béisbol de la Liga Mexicana era radiado en la voz del "dinámico" Pedro Septién, el Mago, un cronista queretano, la mejor voz en su género. Hoy que la computadora pone al alcance de cualquiera la información estadística infaltable para comprender y disfrutar el béisbol, parece que no tiene chiste la prodigiosa memoria del Mago. Sobre la marcha, a la luz de una jugada importante, de un lance singular, de un desenlace inesperado, Septién tenía a la mano, en su cabeza o en su corazón, la referencia adecuada, la comparación pertinente.

Pero cuando llegaba octubre y con el otoño la serie mundial, eran otras las voces atendidas. Los grandes triunfos de los Yanquis contra los Dodgers de Brooklyn, en la guerra civil neoyorquina, fueron cantados por Buck Canel y Felo Ramírez, que en su español puertorriqueño conversaban sabrosamente y se turnaban para narrar con vivos colores los fragorosos encuentros.

Surgieron en sus voces las expresiones que luego se volvieron frases hechas, modos rutinarios de contar lo que sucedía en el diamante. Cuando el bateador fallaba en su intento de pegar a la pelota, se quedaba "abanicando la brisa" y, cuando al contrario conectaba un jonrón, la narración acompañaba el largo viaje de la bola: "Se va, se va, se va... se fue".

El expansionismo norteamericano ha hecho de la Coca-cola y la hamburguesa de McDonalds productos de consumo universal. No pudo hacerlo con el béisbol, que se quedó a la zaga del fútbol, y se juega sólo en un puñado de países.

Eso no obsta para que la pelota caliente del otoño se siga llamando la Serie Mundial.